observar una capa brillante y como mantecosa sobre su rostro. El sacristán—siempre el sacristán—me explicó que hacía ocho años, cuando encontraron aquella momia, creyeron deber barnizarla. ¿Qué le parece á usted? ¿De qué sirve haber sido conde de Nassau, para que doscientos años después de muerto le barnice á uno cualquier pintamonas francés? La biblia había prometido al cadáver del hombre todas las metamorfosis, todas las humillaciones, todos los destinos, excepto ese. Había dicho: «Los vivos te dispersarán como polvo, te pisotearán como á lodo, te quemarán como estiércol»; pero no había dicho: *Acabarán por darte betún como á un par de botas.*

CARTA TRIGÉSIMA PRIMERA

FRIBURGO DE BRISGOVIA

Perfil pintoresco de una silla de posta badense.—Qué claridad echan los faroles de ese carruaje sobre el país de M. de Baden.—Despertar otra vez al amanecer.—El autor se indigna contra las insolencias de un enanito tamaño como una nuez que se pone de acuerdo con una tuerca mal engrasada para burlarse de él.—Cielo de la mañana.—Venus.—Lo que aparece de repente en el cielo.—Entrada en Friburgo.—Principio de una aventura extraña.—El viajero, no teniendo dinero y no sabiendo qué hacer, mira á una fuente.—Continuación de la aventura extraña.—Misterios de la casa que tenía un farol encendido.—Los espectros en la mesa.—El viajero se entrega á varios exorcismos.—Tiene la buena idea de pronunciar una palabra mágica.—Efecto de esa palabra.—La muchacha pálida.—Diálogo espantoso y lacónico del viajero y de la muchacha pálida.—Ultimo prodigio.—El viajero, milagrosamente salvado,

rinde testimonio á la grandeza de Dios.—¿No es evidente que chapurrear latín y estropear español es saber alemán? —*El hotel de la corte de Zœhringen.*—Lo que el viajero hizo el día antes.—Historia enternecedora de la linda cómica y de los aduaneros que le hacen pagar diez y siete sueldos.—El Munster de Friburgo comparado al Munster de Estrasburgo.—Un poco de arqueología.—La casa que está cerca de la iglesia.—Paralelo serio é imparcial, desde el punto de vista del buen gusto, del arte y de la ciencia, entre los miembros de los ayuntamientos de Francia y de Alemania y los salvajes del mar del Sur.—Cuál es el pintarrajeo que tiene buen éxito y prospera en las orillas del Rhin.—La iglesia de Friburgo.—Los cristales.—El púlpito.—El autor apalea á los arquitectos en las espaldas de la junta parroquial.—Tumba del duque Bertoldo.—Si alguna vez ese duque se presentase en casa del autor, el portero tiene orden de no dejarlo subir.—Sarcófagos.—El coro.—Las capillas del ábside.—Tumbas de los duques de Zœhringen.—El autor, faltando á su costumbre, no sube al campanario.—Por qué.—Sube más alto.—Friburgo á vista de pájaro.—Grande aspecto de la naturaleza.—El otro valle.—Cuatro líneas que son de un goloso.

6 de septiembre.

He aquí mi entrada en Friburgo: eran cerca de las cuatro de la madrugada; había dado tumbos toda la noche en la berlina de una silla de posta badense, blasonada de oro con tajo de gules, y conducida por esos dos postillones amarillos de que ya he hablado á usted; pasando por entre numerosos pueblecitos sanos, limpios, felices, esmaltados con jardinillos al rededor de las casas, regados por arroyuelos y riachuelos, cuyos puentes están adornados con estatuas rústicas que veía al paso, á la luz de nuestros faroles, había hablado con mi compañero de berlina hasta las once de la noche, joven modesto y muy inteligente, arquitecto de la ciudad de Haguenau; pues como el camino era bueno, como las postas de M. de Baden

andan muy despacio, me había dormido. Pues bien, á las cuatro de la madrugada, el aliento alegre y frío del alba entró por el cristal caído del ventanillo y me hirió el rostro; medio me desperté, teniendo ya la impresión confusa de los objetos reales, y conservando aún bastante sueño para seguir con la vista á un enano fantástico vestido con una especie de casulla de oro, con peluca encarnada en la cabeza, alto como mi dedo pulgar, que bailaba alegremente detrás del postillón, sobre el lomo de un caballo, haciendo muchas contorsiones raras, saltando como un *saltimbanqui*, parodiando todas las actitudes del postillón y huyendo del látigo con unos saltitos cómicos cuando por casualidad pasaba junto á él. De vez en cuando aquel enano se volvía hacia mí, y me parecía que me saludaba irónicamente con grandes risotadas. Había en el juego delantero del carruaje una tuerca mal engrasada que cantaba una canción que parecía divertir mucho al bribonzuelo del enano. A veces sus juegos y sus insolencias me hacían montar en cólera, y hasta quería avisar al postillón. Cuando hubo mayor claridad en el espacio y menos sueño en mi cabeza, comprendí que aquel enano que brincaba en su casulla era un botoncito de cobre con borlita escarlata pegado á la grupera de un caballo. Todos los movimientos del caballo se comunicaban á la grupera, aumentándose y haciendo tomar al botón de cobre mil locas actitudes. Desperté enteramente. Había llovido toda la noche, pero el viento dispersaba las nubes; neblinas lanosas y difusas manchaban aquí y allí el cielo como jirones de una piel negra; á mi derecha se extendía una gran llanura parda casi no tocada por el crepúsculo; á mi izquierda, detrás de una colina sombría, en la cima de la cual se dibujaban vivas siluetas de árboles, el oriente azuleaba vagamente. En ese azul, sobre los árboles y más abajo de las nubes, Venus

irradiaba. Usted sabe cuanto amo á Venus. La miraba sin poder separar los ojos de ella, cuando de pronto, en una revuelta del camino, una inmensa flecha negra transparente en sus contornos se presentó en medio del horizonte. Estábamos en Friburgo.

Algunos instantes después, el carruaje se detuvo en una ancha calle nueva y blanca, y dejó su contenido revuelto, paquetes, sacos y viajeros, bajo una gran puerta cochera alumbrada por la débil luz de un farol. Mi compañero francés me saludó y se marchó. No me sabía mal haber llegado, estaba bastante cansado. Iba á entrar resueltamente en la casa, cuando un hombre me cogió por el brazo y me detuvo, pronunciando algunas vivas palabras en alemán, perfectamente inteligibles para mí. Repliqué en buen francés, y me dirigí á las personas que me rodeaban; pero no había allí más que viajeros prusianos, austriacos, badenses, que se llevaban quien su baúl, quien su saco-maleta, todos muy alemanes y muy dormidos. Mis reclamaciones los despertaron, sin embargo, un poco, y me contestaron. Pero ni una palabra francesa por parte de ellos, ni una palabra alemana en cuanto á mí. Usábamos una jerigonza unos y otros. Llegué por fin á comprender que aquella puerta cochera no era una fonda; era la casa de correos, ni más ni menos. ¿Qué hacer? ¿A dónde ir? A esto nadie me entendía. Los hubiera seguido; pero la mayor parte eran friburgueses que volvían á sus casas, y se dirigían todos á distintos puntos. Tuve el sentimiento de verlos marcharse así unos después de otros hasta el último, y al cabo de cinco minutos permanecí solo en la puerta cochera. El coche se había ido. Entonces noté que mi saco de noche, que contenía no sólo mi ropa, sino también mi dinero, había desaparecido. La cosa empezaba á ser trágica. Reconocí que era eso un caso providencial; y hallándome así de pronto sin ropa,

sin dinero y sin residencia, perdido entre los sármatas, lo que es más, tomé á la derecha y me puse á caminar. Estaba bastante pensativo. Sin embargo, el sol, que á nadie abandona, había continuado su marcha. Clareaba el día; miraba yo una tras otra todas las casas, como un hombre que tuviese deseo de entrar en alguna; pero todas estaban pintadas de amarillo ó de color gris y perfectamente cerradas. Por único consuelo en mi exploración, muy perplejo, encontré una exquisita fuente del siglo XV, que vertía alegremente su agua en un estanque por cuatro caños de cobre brillante. Había bastante claridad para poder distinguir los tres pisos de estatuítas agrupadas al rededor de la columna central, y observé con pena que habían reemplazado la figura de *gres* de Heilbrón, que debía coronar aquel precioso pequeño edificio, por una fea veleta con pretensiones de *Fama*, de hojalata pintada. Después de haber dado vuelta á la fuente para ver bien todas las figurillas, volví á emprender el camino.

Dos ó tres casas más allá de la fuente, un farol encendido brillaba sobre una puerta abierta. Entré.

No había nadie en aquella entrada.

Llamé, no me contestaron.

Delante de mí, una escalera; á la izquierda, una puerta baja. Empujé la puerta por si acaso, y se abrió. Entro y me hallo en un cuarto enteramente obscuro, con una ventana á la izquierda.

Llamo.

—¡Buenos días!

Nadie responde.

Voy tocando la pared y encuentro una puerta; la empujo, se abre.

Otro cuarto sombrío, con una claridad en el fondo y una puerta entreabierta.

Voy á aquella puerta y miro.

Ahora empieza lo espantoso.

En una sala oblonga, sostenida en el medio por dos pilares, y muy vasta, al rededor de una larga mesa débilmente alumbrada por velas puestas de distancia en distancia, unas formas singulares se hallaban sentadas.

Eran seres pálidos, graves, adormecidos.

En la extremidad de la mesa más inmediata á mí se veía á una mujer grande y pálida, adornada con un casquete con un enorme penacho negro. A su lado, un joven de diez y siete años, lívido y serio, envuelto en una enorme bata con ramajes, con un gorro de seda negra hasta los ojos. Al lado del joven, un anciano de cara verde, cuya cabeza llevaba tres pisos de peinados: primer piso, un gorro de algodón; segundo piso, un pañuelo de seda; tercer piso, un sombrero.

Luego se escalonaban de silla en silla cinco ó seis cascanueces de Nuremberg vivos, grotescamente vestidos y ocultos casi debajo de inmensos fieltros; rostros cetrinos con ojos de esmalte.

El resto de la larga mesa estaba desierto, y el mantel, blanco y sin adornos, como un sudario, se perdía en la sombra, hacia el fondo de la sala.

Cada uno de esos singulares invitados tenía ante sí una taza blanca y algunos jarros de forma inusitada en una bandeja.

Ninguno de ellos hablaba.

De vez en cuando, y con el más profundo silencio, llevaban á sus labios la taza blanca, en la que humeaba un licor negro que bebían gravemente.

Comprendí que aquellos espectros tomaban café.

Después de reflexionarlo un poco, y juzgando que era llegado el momento de producir un efecto cualquiera, empujé la puerta entreabierta y entré valerosamente en la sala.

Nada, ningún efecto.

La mujer alta, ataviada como un heraldo, volvió

la cabeza, me miró fijamente, con los ojos blancos, y continuó bebiendo su filtro.

Por lo demás, ni una palabra.

Los otros fantasmas ni siquiera me miraron.

Algo desconcertado, con la gorra en la mano, adelanto tres pasos hacia la mesa, y digo, aunque temiendo faltar al respeto á aquel castillo de Eudolfo:

—Señores, ¿no es esta casa una fonda?

Entonces el viejo de los tres peinados dejó escapar una especie de gruñido inarticulado que cayó pesadamente en su corbata. Los otros no se movieron.

Confieso á usted que entonces perdí la paciencia, y me puse á gritar:

—¡Hola! ¡El fondista! ¡El tabernero! ¡Como un diablo venga aquí el hostelero! ¡El mozo! ¡Cualquiera! *¡Kellner!*

Había recogido á vuelo, en mis idas y venidas por el Rhin, esa palabra: *Kellner*, sin conocer su sentido, y la había cuidadosamente guardado en un rincón de mi memoria con una vaga idea de que podría servirme.

En efecto, ante aquel grito mágico: *¡Kellner!*, se abrió una puerta en la parte tenebrosa de la caverna.

¡Sésamo, ábrete!, no hubiera tenido mejor resultado.

La puerta se volvió á cerrar después de haber dejado penetrar una aparición que vino en derechura á mí.

Una joven bonita, pálida, con los ojos cansados, vestida de negro, que llevaba en la cabeza un tocado raro, parecido á una enorme mariposa negra posada en la frente y con las alas abiertas.

Tenía, además, un ancho trozo de seda negra al rededor del cuello, como si ese gracioso espectro tuviese que ocultar la línea roja y circular de María Estuardo y de María Antonieta.

—¿Kellner?, me dijo.

Contesté con intrepidez:

—¡Kellner!

Cogió un candelabro y me hizo seña que la siguiese.

Entramos en los cuartos por donde había yo venido, y en medio del primero, en un banco de madera, me enseñó sonriendo á un hombre que dormía con el sueño profundo de los justos, apoyando la cabeza en mi saco de noche.

Sorprendido de este último prodigio, sacudí al hombre; despertó; la joven y él cambiaron algunas palabras en voz baja, y dos minutos después nos volvíamos á encontrar, mi saco de noche y yo, muy confortablemente instalados en un excelente cuarto, con cortinas blancas como la nieve.

Estaba en el *hotel de la Corte de Zæhringen.*

He aquí ahora la explicación de ese cuento de Ana Radcliffe.

En la aduana de Kehl, el conductor de la silla de posta badense, habiéndome oído hablar latín (no sin barbarismos) con un digno pastor que regresaba á Zurich, y español con un coronel Duarte, que va por Saboya á unirse con don Carlos, había sacado la consecuencia de que yo sabía alemán, y no había vuelto á preocuparse de mí.

En Friburgo, el *Kellner,* es decir, el *factotum* del hotel Zœhringen, esperaba la silla de posta á su llegada, y el conductor, al bajar, me le enseñó sin que yo lo advirtiese, diciéndole: *Ahí hay un viajero para usted;* luego le entregó mi saco de noche, mientras yo me las había con los alemanes. El Kellner, creyéndome avisado ya de antemano, echó á andar, llevando mi saco de noche, y había ido á esperarme al hotel, donde dormía en la sala baja. Usted adivina lo demás.

Hay, sin embargo, en la aventura una casualidad de gran belleza; y es que, al salir de la puerta, tomé á la derecha y no á la izquierda. Dios es grande.

Los espectros que impasibles bebían café, eran buenamente viajeros de la diligencia de Francfort á Ginebra, que aprovechaban la hora de descanso que el carruaje les otorga al amanecer; buenas gentes disfrazadas un poco al estilo alemán, que me parecían raras y á quienes debí yo parecer absurdo. La joven era una bonita sirviente del hotel de Zœhringen. La gran mariposa negra es el tocado del país, muy curioso por cierto. Anchas cintas de seda negra ajustadas en forma de escarapela sobre la frente, cosidas á un gorro negro también, algunas veces con bordados de oro en lo alto, detrás del cual cae el cabello á la espalda en dos largas trenzas. Los dos extremos de la abundante corbata negra, que es igualmente una moda local, caen también detrás de la espalda.

Eran las siete de la tarde del día antes cuando salí de Estrasburgo. Caía la noche al pasar el Rhin, en Kehl, por el puente de barcas. Al llegar á la otra orilla, la silla de posta se detuvo, y los aduaneros *(carabineros)* badenses comenzaron su trabajo. Entregué mis llaves y fuí á mirar el Rhin durante el crepúsculo. Esa contemplación me hizo pasar el tiempo de la aduana y me libró del disgusto de ver lo que me refirió mi compañero el arquitecto acerca de una pobre cómica que iba á Carlsruhe; bastante bonita bohemia á quien los aduaneros se divirtieron en atormentar, haciéndole pagar diez y siete sueldos por un miriñaque de percal sin dobladillo, y sacándole de la maleta todos los adornos y todas las pelucas, en medio del bochorno de la pobre muchacha.

El Munster de Friburgo, descartando la altura, vale tanto como el Munster de Estrasburgo. Es, con un dibujo diferente, la misma elegancia, el mismo

atrevimiento, la misma verbosidad, igual masa de piedra enmohecida y sombría, picada aquí y allí con agujeros luminosos de todas formas y de todos tamaños. Dicen que el arquitecto del nuevo campanario de hierro de Ruán tuvo presente la torre de Friburgo. ¡Ay!

Tiene otras dos torres la catedral de Friburgo. Estas son románicas, pequeñas, bajas, severas y llenas de cintras, con dentellado bizantino, y colocadas, no como casi siempre en la extremidad del crucero, sino en los ángulos que hace la intersección de la nave pequeña con la grande. El Munster es igualmente, en cierto modo, independiente de la iglesia, aunque adherido á ella. Se halla construído á la entrada de la gran nave, sobre un pórtico casi románico, lleno de estatuas pintadas y doradas del mayor interés. En la plaza de la iglesia hay una bonita fuente del siglo XVI, y delante del pórtico, tres columnas de la misma época, que llevan la estatua de la Virgen entre las dos figuras de san Pedro y san Pablo. Al pie de esas columnas el empedrado dibuja un laberinto.

A la derecha, la sombra de la iglesia protege, en la misma plaza, una casa del siglo XV, con inmenso techo de tejas de color y torrecillas con escaleras, adornadas con dos torres puntiagudas, sostenidas por cuatro arcos, abiertos con huecos de ventana preciosos, cargada de blasones de vivos colores, con balcones obrados en el primer piso, y entre las ventanas de ese balcón, cuatro estatuas pintadas y doradas que representan á Maximiliano I, emperador; Felipe I, rey de Castilla; Carlos V, emperador; Fernando I, emperador. Este admirable edificio sirve para no sé qué uso vulgar, municipal y burgués, y lo han pintarrajeado de rojo. En el lado de acá del Rhin pintan de encarnado. Arreglan sus iglesias como los salvajes del mar del Sur arreglan sus rostros.

El Munster, felizmente, no está pintado. La iglesia ha recibido una capa de color gris, cosa que casi puede tolerarse cuando se piensa que hubiera podido ser arreglada de color de remolacha. Los cristales, casi todos conservados, son de maravillosa belleza. Como la flecha ocupa en la fachada el lugar del rosetón, los lados bajos van á parar á dos rosetones pequeños inscritos en triángulos del efecto más misterioso y más encantador. El púlpito, gótico flameante, es soberbio; el adorno que le añadieron es mezquino. Esa clase de púlpitos no tenían tornavoz. Eso es lo que los señores miembros de la obra parroquial deberían saber, antes de arreglar, según su capricho, tan bellos edificios. Toda la parte baja de la iglesia es románica, y también los dos pórticos laterales, uno de los cuales, el de la derecha, está oculto por un pórtico del renacimiento. Nada hay tan curioso, á mi juicio, como los encuentros del estilo románico y del estilo del renacimiento; la arquivolta bizantina, tan austera, la arquivolta neorromana, tan elegante, se aproximan y se acoplan, y como ambas son fantásticas, esta base común les procura armonía y hace que se toquen sin chocar.

Un cordón de arcos románicos borda en ambos lados la parte baja de la nave grande. Cada uno de los capiteles desearía ser dibujado aparte. El estilo románico es más rico en capiteles que el estilo gótico.

Al pie de uno de esos arcos yace un duque Bertoldo, muerto en 1218, sin dejar posteridad, y está enterrado debajo de su estatua; *sub hac statua*, dice el epitafio. *Hæc statua* es un gigante de piedra, de largo cuerpo, pegado á la pared, de pie sobre el suelo, esculpido á la manera siniestra del siglo XII, que mira á los que pasan con un aire formidable. Sería un espantoso *Comendador*. No me agradaría oirle subir una noche mi escalera.

Aquella gran nave ensombrecida por los cristales, está toda ella empedrada con losas tumulares, algunas verdes por el musgo; se gastan con los tacones los blasones cincelados y las caras severas de los caballeros del Brisgaw, altivos hidalgos que en otro tiempo no hubieran permitido sobre su rostro la mano de un príncipe, y que ahora aguantan el pie de un boyero.

Antes de entrar en el coro, deben admirarse dos pórticos exquisitos del renacimiento, situados, uno á la derecha y el otro á la izquierda, en los brazos del cruce; luego, en una capilla cerrada con una reja, en el fondo de una pequeña cueva dorada, se ve un horrible esqueleto vestido de brocado de oro y de perlas, que es san Alejandro, mártir; luego dos lúgubres capillas, igualmente cerradas con verjas y que se miran una á otra, le detienen á uno al pasar; una está llena de estatuas, es la Cena, Jesús, todos los apóstoles, el traidor Judas; la otra no contiene más que una figura, Cristo en la tumba; dos páginas fúnebres, de las cuales una completa ó acaba á la otra, el verso y el anverso de ese maravilloso poema que llaman la Pasión. Unos soldados dormidos están esculpidos sobre el sarcófago de Cristo.

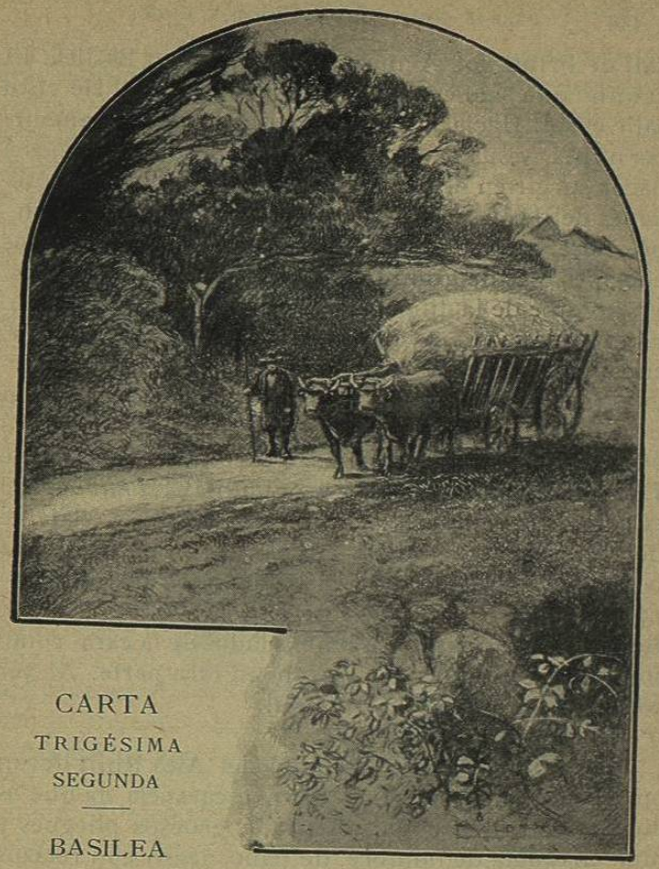
El sacristán se ha reservado el coro y las capillas del ábside. Se entra, pero se paga, y no se echa de menos el dinero. Este ábside, como los de Flandes, es un museo, y un museo variado. Tiene orfebrería bizantina, carpintería llameante, telas de Venecia, tapices de Persia, cuadros de Holbein, cerrajería-joya que bien pudiera ser de Biscornette. Las tumbas de los duques de Zœhringen, que están en el coro, son hermosas hojas de piedra noblemente esculpidas; las dos puertas románicas de los pequeños campanarios, una de ellas dentellada, son muy curiosas; pero lo que admiré, sobre todo, es, en una capilla del fondo, un Cristo bizantino, de unos cien pies de alto, llevado de

Palestina por un obispo de Friburgo. El Cristo y la cruz son de cobre dorado enriquecido con piedras brillantes. El Cristo, modelado con un estilo bárbaro, pero poderoso, viste una túnica ricamente adornada. Un gran rubí cabujón figura la llaga del costado. La estatua de piedra del obispo, pegada á la pared inmediata, le contempla con adoración. El obispo está de pie; tiene un rostro enérgico, usa toda la barba, lleva mitra en la cabeza y báculo en la mano, con coraza en el cuerpo, espada al cinto, escudo en el brazo, botas de hierro en las piernas y un pie puesto sobre un león. Es todo ello muy hermoso. No subí al campanario. Friburgo está dominado por una gran colina que casi es montaña, más alta que el campanario. He preferido subir á la colina. Y me recompensó de mi fatiga el poder admirar un precioso paisaje. En el centro, á mis pies, la negra iglesia con su aguja de doscientos cincuenta pies de alto; al rededor, las torrecillas talladas de la ciudad, los techos con veletas, sobre los cuales las tejas de colores dibujan arabescos; aquí y allí, entre las casas, algunas viejas torres cuadradas del antiguo recinto; más allá de la ciudad un inmenso llano de terciopelo verde con franjas de setos vivos, sobre el que el brillo del sol hace lucir los vidrios de las cabañas como cequíes de oro; árboles, viñas, caminos que huyen; á la izquierda, una altura llena de bosque, cuya forma recuerda el cuerno del dux de Venecia; por horizonte, quince leguas de montañas. Había llovido todo el día; pero, cuando llegué á lo alto de la colina, el cielo se serenó, y un inmenso arco de nubes redondeado se colocó sobre la sombría flecha penetrada por los rayos del sol.

Cuando me disponía á bajar, noté un sendero que se iba hundiendo entre dos muros de rocas cortadas á pico. Seguí el sendero, y á los pocos pasos me hallé bruscamente como en la ventana que mira hacia otro

valle enteramente distinto del de Friburgo. Creería uno estar á cien leguas de allí. Es un valle sombrío, estrecho, triste, con algunas casas nada más entre los árboles, estrechado de todos lados entre altas colinas. Un pesado techo de nubes se apoyaba sobre aquellas crestas espaciadas de las montañas como un techo sobre torres almenadas; y por los intervalos de las colinas, como por los tragaluces de una torre enorme, veía el cielo azul.

A propósito, en Friburgo he comido truchas del Alto Rhin, que son excelentes pescaditos, y muy bonitos, azules con pintas rojas.



CARTA TRIGÉSIMA SEGUNDA

BASILEA

Paisajes.—Perfil de los compañeros de viaje del autor.—Bonito traje de las muchachas.—Lo que un filósofo puede conducir.—Aquí el lector ve pasar un poco de selva Negra.—Basilea.—El hotel de la Cigüeña.—Teoría de las fuentes.—Tumba de Erasmo.—Otras tumbas.

Basilea, 7 de septiembre.

Ayer, querido amigo, á las cinco de la mañana,